

F o r e v e r 2 1

Manuel Arias Maldonado

Honor a aquellos que en su vida
fijaron y defendieron unas Termópilas.
(...) Más honor aún se les debe
cuando prevén (y muchos son los que prevén)
que al fin llegará Efiates
y los medos por fin pasarán.

C. P. Cavafis, *Termópilas*.

I

Nada más evidente a primera vista que la extrema fragilidad del ser humano y sus pobres artificios. Si nos paramos a reflexionar un momento y damos un paso atrás, es fácil tener la impresión de que todos nuestros empeños son vanos, cualquier propósito fútil a la vista de su caducidad inevitable. A fin de cuentas, todo lo que construimos está llamado a desaparecer, devorado por el tiempo. Ya decía Borges que el hombre es un muerto que habla con otros muertos -perspectiva desde la cual lo más razonable es seguir el consejo pascaliano y sentarnos en una habitación a dejar que pasen las horas. ¡Y si en esa habitación nos ponemos a leer a Beckett, la fiesta de la desesperanza es ya completa! Desgraciadamente, las ironías posmodernas sirven de poco cuando nos paramos a reflexionar sobre este asunto: hecha la broma, seguimos donde estábamos.

De hecho, es conmovedor ver cómo se afanan los hombres en sus quehaceres diarios, haciendo aquello que terminará por deshacerse. No es nueva la pregunta acerca de lo que les empuja a ello: por qué se rinden a la tentación de existir. ¿Es que no perciben la fragilidad de nuestra condición, la certidumbre de que todo puede derrumbarse repentinamente y que, de no hacerlo ahora, terminará por desaparecer más adelante? Con cierta regularidad nos llega noticia de desgracias irreparables: una joven madre es atropellada y fallece dejando dos hijas de corta edad; un espelólogo no regresa de la gruta en la que se había adentrado; un manuscrito monumental se quema en un incendio. En todos estos casos, se nos hace evidente *en un solo instante* que todo empeño es absurdo. Sería razonable bajar los brazos, pedir badera blanca, capitular de inmediato. Pero salimos adelante, nos decimos que así es la vida, que no somos nadie. Y volvemos a poner el despertador esa misma noche.

Más a menudo, no obstante, es el paso callado del tiempo el que pone sobre la mesa de nuestra existencia el aviso de su finitud y la evidencia de su fragilidad. La aparición de esta advertencia carece de reglas fijas, pero suele coincidir con el tránsito por la mediana edad, cuando se alcanza un momento en el que se empieza a tener más pasado que futuro. Su desencadenante puede ser la muerte de los progenitores, una arruga que el día anterior no estaba allí, incluso la feliz culminación de un proyecto que hasta hace poco nos llenaba y deja un formidable vacío tras de sí. Sea como fuere, se instala en nosotros una nueva gravedad, una conciencia distinta que reemplaza para siempre a la anterior y la convierte en objeto de nostalgia: quién tuviera veinte años, quién permaneciese intacto, quién regresara a aquel jardín. Vladimir Jankélévitch se ha referido a esta

realización como al momento en que el hombre y la mujer reflexionan por primera vez sobre el paso del tiempo: «Es la primera interferencia del tiempo vivido y del tiempo pasado por encima, el primer encuentro del hombre con su destino». Desde ese momento, la fragilidad de nuestra existencia se nos hace palpable y, decisivamente, descubrimos la diferencia que media entre la aprehensión intelectual de una verdad y su interiorización a través de la experiencia. No se trata de algo que hayamos leído, tampoco es cosa que nos hayan contado: es algo que *sabemos*.

También sabemos que ese conocimiento no es transmisible. De ahí la desazón que padece quien querría comunicar a sus descendientes lo que ha aprendido, para que no cometan los mismos errores. Pero los mayores serán desoídos, porque la característica del joven es precisamente carecer de la experiencia de vida que las admoniciones de aquellos contienen. Ya dice Kierkegaard que vivimos hacia delante, pero comprendemos hacia atrás. El joven bien puede definirse como la criatura que desconoce la fragilidad de la que son conscientes sus mayores. Y por eso protagonizan las revoluciones: sólo quien padece la ilusión de que hay futuro puede dedicarse a construirlo sin melancolía ni cinismo.

Reparamos poco, en realidad, en la curiosísima circunstancia de que distintas generaciones coexisten en el espacio social transportando una tan distinta visión de la existencia. En la misma plaza se sientan el adolescente idealista, el adulto desencantado, el anciano resignado. Acaso la sociedad misma no sea sino un complicado sistema de compensaciones que opera entre quienes son conscientes de la fragilidad humana y quienes viven ajenos a ella, confiados en su belleza y la plenitud del tiempo que les resta. Pero, por otro lado, acaso haya que celebrar semejante intransmisibilidad, porque la juventud constituye una tregua que no merece ser arruinada por quienes ya no la poseen y –seguramente– la envidian.

Sin embargo, sea como fuere, el tiempo es cada vez más escaso. Menudea, además, cuando más lo necesitamos, porque creemos haber aprendido a aprovecharlo. Hans Blumenberg se ha referido con perspicacia a la observación del *Apocalipsis* de San Juan según la cual el mismo diablo sabe que le queda poco tiempo. Anota el filósofo alemán: «siempre menos tiempo para cada vez más posibilidades y deseos». Tradicionalmente, se opone a esta grave circunstancia la necesidad de cobrar conciencia de nuestra fugacidad, a fin de aprovechar más el tiempo que nos ha sido dado –algo así como un llamamiento a *disfrutar* de esa nuestra radical fragilidad, un *carpe diem* bienintencionado y voluntarioso.

Pero no se ve cómo esta conciencia podría proporcionarnos ninguna ventaja. Y ello por una razón muy sencilla: no importa cómo desarrollemos nuestra vida, qué forma le demos, al final reinará en nosotros la sensación de haberla desaprovechado, de habernos equivocado en todo. Se trata de una ilusión óptica, causada por la proximidad de nuestro final; el arrepentimiento es, en realidad, un *lamento*. Su forma es universal: *Si hubiera hecho esto en vez de aquello*. Ahora bien, incluso si esa conciencia nos proporcionase un mayor disfrute, si pudiéramos abstraernos del tiempo para dedicarnos al ocio o la creación, embebidos en ellos, como sugiere Jünger al referirse a las horas que el reloj no mide, volveríamos a enfrentarnos al drama una vez hubiésemos despertado. No hay, en realidad, salida. Somos frágiles, porque somos tiempo. Y nada puede cambiar eso.

II

Sin embargo, la proposición filosófica según la cual el ser humano es una criatura frágil y frágiles son sus empeños puede –dando aún otro paso atrás– ser refutada. Tan acostumbrados estamos a contemplar la existencia desde la jaula de oro de nuestra individualidad, que perdemos de vista la extrema *resistencia* que distingue a la humanidad como tal. ¡No es el hombre, es la especie! Es difícil reparar en ello, inclinados como estamos hacia la introspección, hacia el hábito solitario de razonar a partir de nuestras circunstancias particulares y finitas. Semejante introversión constituye,

bien mirado, un lujo hasta hace poco tiempo inconcebible. De manera que entristecerse un domingo por la tarde es una desgracia personal, pero *poder hacerlo* es un éxito colectivo.

Va de suyo que eso en nada alivia a quien padece los melancólicos rigores del domingo: pobres son las consolaciones de la antropología. Resulta preciso situarse a una altura superior para razonar de otra manera. Si miramos hacia atrás, océanos de tiempo se hacen visibles ante nosotros, vislumbramos un larguísimo pasado durante el cual la humanidad emerge lentamente de entre las sombras y se distingue del resto de la naturaleza. Hay una formidable protohistoria épica que media entre la horda y el agua corriente. Millones de especies se han extinguido entre tanto, pero el ser humano ha prevalecido y desbordado su nicho ecológico.

Creced y multiplicáos: el mandato genesíaco no rige *hacia delante*, como algo que la humanidad hubiera de llevar a término, sino *hacia atrás*, como una justificación moral del trabajo de especie ya hecho. Paleontólogos y biólogos siguen discutiendo las razones de esa perseverancia, la causa mayor que provoca el *salto* humano: el aumento del tamaño del cerebro, el uso del lenguaje, la especialización tecnológica. En cualquier caso, sucesivas generaciones de homínidos han poblado la tierra y la han hecho suya, desarrollando una organización social crecientemente sofisticada donde la violencia y el abandono recíproco juegan un papel cada vez menor. ¿Qué es la crisis del Estado del Bienestar, al lado de un combate a muerte entre hordas paleolíticas armadas con hachas de sílex?

Tiene dicho Peter Sloterdijk que el hombre es, ni más ni menos, aquel animal que fracasa a la hora de ser un animal, de seguir siendo un animal. Su extraordinaria capacidad de adaptación lo convierte en un coloso si lo juzgamos *desde el interior* del mundo natural, un mundo que parcialmente ha logrado abandonar. El hombre es el animal *triunfante*. Y la mejor prueba de ese triunfo es el refinamiento con que se contempla a sí mismo y cuestiona las acciones pretéritas que lo han llevado a donde está: el daño medioambiental, la violencia, la esclavitud. Hablamos así del desarrollo de un estilo *reflexivo* que incluye la autocrítica. Es verdad que los individuos mueren y las civilizaciones perecen; pero la especie sigue adelante, con un movimiento cada vez más virtuoso, más grácil, más rico.

No es precisamente esto lo que se oye en las tabernas. Para la mayoría, las cosas van cada vez peor y la catástrofe se aproxima a velocidad acelerada. A estas alturas, podemos estar seguros de que el poderoso mito del fin del mundo nunca dejará de seducirnos. Hay razones para el malestar, qué duda cabe. Subsiste la pobreza, siguen cometiéndose asesinatos, existe el maltrato animal; pero es inobjetable que las condiciones de vida -pese a ocasionales retrocesos- mejoran en lugar de empeorar. ¿Por qué no lo entendemos así? Son numerosos los sesgos cognitivos que nos hacen percibir la realidad peor de como es; el pesimismo parece inscrito en el código de la especie. Incluso, según las últimas investigaciones, nos vemos más feos de lo que somos. Probablemente, esta suerte de cautela perceptiva cumpla funciones útiles a la supervivencia, al inyectarnos una *tensión* sin la cual habríamos desaparecido hace tiempo: mientras la felicidad adormece, la insatisfacción nos mantiene despiertos. O eso creía Hegel.

III

¿Fragilidad del ser humano? De alguna manera, todo depende del ánimo con que nos levantemos cada mañana: el sol que entra por la ventana puede parecernos de una insoportable luminosidad o poseer la tonalidad perfecta para el más hermoso de los días. Y aunque ese día -sea pleno o desgraciado- terminará también por pasar, otros disfrutarán de los venideros.

Manuel Arias Maldonado es Profesor Titular de Ciencias políticas de la Universidad de Málaga.